



Teatro

PREPARATIVOS DE VIAJE

(Obra en un acto)

Eduardo Villegas Guevara*

PERSONAJES:

MARIO DEL LLANO: el padre.

LUISA DE DEL LLANO: la madre.

JAIME DEL LLANO: el hijo mayor.

ELENA DEL LLANO: la hija mediana.

FRANCK DEL LLANO: el hijo menor.

DECORADO:

La acción de la obra se desarrolla en la sala-comedor de la familia del Llano. Los muebles, aunque pretenden mostrar cierto lujo, no pasan de ser comunes y corrientes. Una puerta, a la derecha de los actores, comunica con la calle. Otra puerta, a la izquierda de los actores, comunica con la cocina. Al fondo despega la escalera que comunica con las habitaciones del segundo piso. Bajo la escalera un pequeño sanitario. En fin, también aparece la mesita de centro, una enorme alacena, los tradicionales bodegones y otros detalles de una familia clasemediera.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

(Acto único)

Por la puerta de la cocina vienen entrando Luisa y Elena a la sala. Luisa acaba de sufrir uno de sus achaques.

ELENA: (*Sosteniéndola.*) A ver, mamá, apóyate fuerte y camina con cuidado.

LUISA: No fue nada, Elena; ya puedo caminar sola.

ELENA: Pero si casi te caías al suelo. ¿Quieres decirme por qué?

LUISA: Es que levanté muy rápido la cabeza y sentí que perdía la vista; fue cuando se me doblaron las piernas y no supe dónde estaba.

ELENA: ¿Quieres que te prepare un té?

LUISA: No, Elena, gracias. Ya me dijo el doctor que no abuse: sólo una taza antes de dormir.

ELENA: Bueno, entonces, recuéstate. No vaya a ser algo del corazón. Eso sí sería grave: nos arruinarías las vacaciones.

LUISA: Para ti parece que no existe otra cosa más que la diversión. Nada más piensas en los preparativos de viaje.

ELENA: ¡Ay, mamá, también pienso en ti! Pero te conozco y sé que estás sana y fuerte. No creo que la muerte te aceche de verdad.

LUISA: Haces bien en no amargarte la vida. Bien sabes que he pasado momentos peores. Lo que me preocupa ahorita es la cena.

ELENA: No te fijas por eso; yo la termino.

LUISA: Bueno, está bien. La olla express déjala tres minutos más. La ensalada hay que prepararla. Hay que tostar el pan, pero pon unos ocho nada más; si no luego se te enfrían. ¿Entendiste?

ELENA: Sí, claro, no es nada difícil. Oye, ¿tienes trastos sucios?

LUISA: Unos pocos, pero no los laves. Ya sé que eso no te ha gustado nunca. Pásame el tejido por favor, Elena. Está sobre la mesa de centro.

ELENA: Nada de agujitas: te traje para que descanses. Ahora que lleguen papá y Jaime, te levantas a servir la cena. Eso, si ya te sientes bien. Entre tanto trata de dormir un rato.

LUISA: ¡Pero es muy temprano!

ELENA: Siquiera inténtalo. A ver, estira tu cuerpo y relájate. No intentes buscar tu tejido ¿eh? Estaré vigilándote. Quiero que cierres los ojos.

LUISA: Ya está, ya está. Aunque te advierto que no servirá de nada. Te lo advierto.

ELENA: Al menos haz el esfuerzo. ¿Sí? ¿Quieres?

LUISA: Ya, ya pues.

Elena vigila el rostro de Luisa. Cuando comprueba que tiene los ojos cerrados, se dirige a la puerta de la calle para apagar la luz. La sala queda casi en penumbras. La cabeza de Luisa está con dirección a la puerta de la cocina y sus pies hacia la puerta que da a la calle.

Teatro

ELENA: Ahorita vengo. Voy a terminar con la cocina.

LUISA: Nada más no vayas a romper nada.

ELENA: ¡Ay, mamá, qué poca confianza me tienes!

LUISA: ¡Ay Elena, lo que pasa es que a ti se te olvidan lo que cuestan las cosas!

ELENA: Claro, mami, siempre que pienso en la carestía de la vida, me hago un día más vieja.

Elena sale hacia la cocina. Luisa permanece un momento quieta. Cuando siente que su hija ha salido, levanta la cabeza para comprobarlo. Al estar sola olvida sus achaques y comienza a tejer. La luz paulatinamente alumbra toda la sala. Enseguida el timbre de la casa suena. Luisa deja de tejer y se dirige a la puerta que da a la calle. Al abrirla vemos a Jaime, quien trae una maleta con sus atuendos de deportista.

JAIME: Bien, anciana, muy bien; no me gusta que me hagan esperar. Soy de esos rateros que no pierden el tiempo. (*Cierra la puerta con el pie y la acorrala.*) Vamos adentro y no intentes pedir auxilio, porque te destazo la barriga. Así que ya lo sabes: me vas diciendo dónde tienes la papeliza. ¿Me estás oyendo, ruquita? Voy a sacar los ahorros que tienes debajo del colchón y me los voy a llevar en esta maleta. Vamos a tu recámara y me enseñas dónde tienes el escondite. (*Luisa se dirige al sillón en donde estaba sentada.*) No te sientes todavía, que nadie te ha dado permiso. (*Jaime la sujeta con un brazo en su cuello y, con el otro, hace las veces de un cuchillo.*) Vamos, dime algo, anciana. Si no me dices una sola palabra soy capaz de rebanarte el pescuezo. ¡Suelta la lengua!

LUISA: (*Rompiendo el juego.*) ¡Apesta a chivo!

JAIME: ¡Ay, mamá!, ¿a poco serías capaz de decirle a un ratero apesta a chivo, cuando te tiene bien amagada?

LUISA: Pues a un ratero no, pero a un cochino como tú, claro que sí. No lo pensaría dos veces.

JAIME: Bueno, está bien, a'i muere. ¿Qué pasó? ¿Ya llegó papá?

LUISA: (*Inicia juego.*) Pues fijese, joven, que el señor Mario Del Llano no ha llegado. ¿Le urge verlo? Puede dejarme usted el recado. Yo soy Luisa, su secretaria.

JAIME: Pues, claro que sí. Dígale, por favor, que el joven Jaime Del Llano, futuro licenciado en derecho, desea verlo, que en cuanto llegue me llame por telepatía, porque teléfono no tengo.

LUISA: Pierda usted cuidado, futuro licenciado en derecho: yo le informaré.

JAIME: Oye, mamá, ¿a dónde crees que vayamos siempre? ¿Al bello puerto de Acapulco o a Cancún? En años pasados hemos ido a Acapulco, ya no tiene chiste ir al mismo sitio. Además me acuerdo que la última vez, mientras nadaba, pasó un buen trozo de mierda flotando frente a mis ojos. ¿No te ha dicho papá a dónde iremos?

LUISA: No, no me ha dicho nada, bien sabes que ahora que regrese del trabajo nos dará la noticia.

JAIME: Sí, sí, ya lo sé. Pero, ¿a dónde quieres ir?

LUISA: A cualquier parte, con tal de que salgamos de este gentío. Este ritmo tan acelerado de vida es el que altera mi corazón. El doctor me lo ha dicho, por eso me da lo mismo al sitio que vayamos, con tal de salir de aquí.

JAIME: Tienes razón. De cualquier modo habrá que seguir esperando a papá.

LUISA: Y no debemos mortificarlo tanto: ya ves hasta pidió el préstamo con ganas de llevarnos a Disneylandia, pero con esta nueva devaluación los pesos se hicieron centavos.

JAIME: Sí, así es. Bueno, al rato bajo para enterarme de las novedades, porque si no le dan el préstamo no vamos a poder salir ni a la esquina. Voy a bañarme, mami, porque la mera verdad sí apesto a chivo.

Jaime comienza a subir por las escaleras cargando su mochila. Elena viene saliendo a su vez de la cocina.

ELENA: Adiós, zopilote

JAIME: Adiós, cucaracha. ¿Ya vienes de rumiar en la cocina?

ELENA: Así es, pero vengo de trabajar no de lamidear, *como tú* comprenderás hay cierta diferencia.

JAIME: Sí me imagino que mañana tus uñas estarán estropeadas, como ésta es la primera vez en tu vida que te pones a hacer esas faenas.

ELENA: Quisieras. Flaco desnutrido...

LUISA: Por favor, muchachos, dejen esas discusiones. ¿Acaso no tienen otras cosas en qué perder el tiempo?

JAIME: Pues, dile a Elena que no me diga zopilote. Cada quien tiene derecho a vestirse como quiera o como puede. Además, a mí me gusta el color negro. Si ella no se mete conmigo, ten la seguridad de que yo tampoco.

ELENA: Yo nada más estaba dándote las buenas noches. Para la próxima ya sé que no hay que hablarte porque te enojas.

JAIME: ¡Pinche extremista! Nada más porque ya me voy a bañar, si no me quedaba alegando toda la noche contigo.

LUISA: Pues que sea cierto lo que dices Jaime, pero ya. Y tú también, Elena, quédate en paz para que tu hermano se vaya a bañar.

ELENA: Por mi parte no hay problema.

JAIME: Mucho menos por la mía. A'i nos vemos.

Jaime continúa su camino. Elena avanza hasta llegar al mueble en donde está sentada Luisa.

LUISA: ¿Cuándo dejarás de pelear con tu hermano, Elena?

ELENA: No son pleitos, mamá. Son simples discusiones de toma y daca, daca y toma y el que se enoja pierde.

LUISA: Bueno, pues lo que sea. ¿Cuándo dejarás de hacerlo? (*Pausa.*) ¡Te estoy haciendo una pregunta!

ELENA: Y voy a contestarte con la verdad: sinceramente te digo que estas cosas nunca acabarán.

Teatro

LUISA: Pero, ¿por qué no respetas a tu hermano? Jaime es mayor que tú y se lo merece.

ELENA: ¡Y eso a mí qué me importa! Ya ves cómo Paco siempre me está dando lata y soy mayor que él. Además, esto de enojarse es lo más sano que puede haber en una familia. Si papá no te da suficiente dinero, pues tienes a tus hijos para desquitarte. Si a Jaime lo reprueban en un examen, viene y te grita. Si a Paco no lo dejas ver la tele, se la pasa todo el tiempo insultándome. Y si a papá no le fue bien en el trabajo, llega a casa y se quita el cinturón para golpear a Paco. ¿Ves? Formamos una cadena muy chistosa. Nos atacamos como si fuéramos pirañas y no hay ningún problema; por algo somos una familia y llevamos la misma sangre.

LUISA: ¡Ay, muchacha, no me gusta cómo piensas! Yo no sé quién te metió esas ideas en la cabeza.

ELENA: Pero si toda mi vida he vivido estas cosas, cómo no voy a saberlas. Pero, si te molesta que hablemos de la verdad, cambiemos de tema y hablemos de cosas más banales.

LUISA: ¿Por ejemplo?

ELENA: Por ejemplo de los trajes de baño que voy a llevar a la playa. Rosa me acaba de prestar dos trajes: uno es tejido de color rojo-sexy, y el otro es de tela, pero de un color bien locochón; fijate que es blanco, pero al mismo tiempo gris. O sea que está ahumado y atrás tiene pintados los labios de Mick Jagger.

LUISA: ¿Y por qué andas pidiendo cosas prestadas?

ELENA: ¿Cuáles cosas? Nada más son dos trajes de baño.

LUISA: Bueno, sí, son dos trajes de baño, pero ¿por qué los pediste prestados?

ELENA: Pues, porque no tengo

LUISA: ¿Cómo que no tienes? ¿Qué hiciste con el traje azul y el rosita? dirás que ya no te quedan.

ELENA: Pues, sí me quedan, pero son de una sola pieza y así no tiene caso que me los ponga; no se ve ni el ombligo. Antes tenías razón en que los usara, era una niña y no había ni que enseñar. Ahora es distinto, estoy bien formada y los muchachos tienen que enterarse, si no cómo voy a tener novio si no muestro la mercancía.

LUISA: Yo nunca tuve necesidad de andar enseñando media nalga para conseguir novio.

ELENA: Con razón tuviste mala suerte. No pusiste buena carnada y lo único que pudiste atrapar fue a papá. Qué lástima, hubieras corrido con mejor suerte.

LUISA: Por favor, Elena, no ofendas a tu padre. Bastantes sacrificios ha hecho para formar este hogar.

ELENA: Por eso lo admiro, por su abnegación; tiene personalidad de mártir. Oye, mamá ¿cuándo eras joven tuviste muchos novios?

LUISA: Pues, sí; una vez estuve con dos.

ELENA: ¿Con dos? Qué aguante. Me imagino que fue una noche muy dura para ti.

LUISA: No, tonta, quiero decir que los tuve al mismo tiempo. Pero a uno lo veía primero y al otro más tarde. Hasta que mi abuela descubrió mi pecado...

ELENA: ...Y la viejita te agarró a chanclazos.

- LUISA: Fíjate que no. Al contrario, decidió ayudarme. Entonces ella trató de enamorar a uno de mis galanes y...
- ELENA: Y el muchacho salió volando.
- LUISA: Pues, sí; eso fue lo que pasó.
- ELENA: Es que la carne madura no es muy apetitosa.
- LUISA: No te creas, en mi familia siempre hemos dicho que de gallina vieja sale buen caldo.
- ELENA: A mí eso me suena como a consuelo de futura solterona.
- LUISA: Si tú lo dices.
- ELENA: Además ¿qué pueden tener en común la cocina y la cama para que salga a colación ese dicho?
- LUISA: Pues mucho más de lo que tu cerebro puede descubrir. Primero hace falta sazón, eso es lo principal; el sabor de las cosas. También es importante saber manejar las temperaturas. Hasta para quemar una sopa hace falta conocer con cuanto fuego basta, porque una cosa es quemar la sopa y otra, muy distinta, achicharrar el sartén. Dirás que no hay semejanzas; sí las hay, sólo que para descubrirlas hace falta experiencia: una cosa que tú no tienes.
- ELENA: Es lo que no me explico: si tuviste muchos novios, ¿cómo fue que no llegaste a sentir calambritos?
- LUISA: ¿Calambritos? Bueno, claro que sí; no creas que soy insensible. Lo que pasa es que me los aguantaba.
- ELENA: ¿Siempre?
- LUISA: Siempre. (*Pausa.*) Bueno, no siempre, pero la mayoría de las veces sí.
- ELENA: Ya me estoy viendo en tu lugar. ¿Cómo fue que no terminaste en la locura después de tanto suplicio?
- LUISA: Es que en mis tiempos, la inocencia era algo con lo que las muchachas llegábamos al matrimonio.
- ELENA: ¿La inocencia? ¡Ay, mamá, a mí se me hace que era otra cosa! Digamos que ignorancia.
- LUISA: Quizá tengas razón, pero es que nuestro vocabulario era más recatado. No como ahora que todas hablan de su virginidad como si fuera cualquier cosa.
- ELENA: ¿Y no lo es?
- LUISA: Pues, sí lo es, pero hay que darle cierto valor. Si nosotras no valoramos nuestro propio cuerpo, imagínate cómo nos verían los hombres. Pero no hablemos de eso. Tú siempre sacas a colación temas de los que no me gusta hablar.
- ELENA: Pero, mamá, si tú que eres mi madre no quiere platicar conmigo, entonces, ¿quién va hacerlo?
- LUISA: Bueno, está bien, platicaremos cuantas veces quieras, pero ahorita ya no. Estoy harta de todo esto; será otro día.
- ELENA: ¿Te molesta?
- LUISA: No lo sé.
- ELENA: De todos modos muchas gracias por escucharme. A'i me hablas cuando llegue papá. A ver qué sorpresa nos trae. Es tiempo para llamar a Ernesto, le dije que como a las ocho y yo creo que ya pasan.
- LUISA: Está bien, ve a tu cuarto y...ten cuidado con ese muchacho.



ELENA: ¿Por qué me dices eso?

LUISA: Yo sé por qué te lo digo, hija. No olvides que soy mayor que tú y sé que la carne es débil. Anda, sube a tu cuarto.

ELENA: Bueno, bueno. (*Al pie de la escalera.*) Voy a ver qué dice mi *peor es nada*.

LUISA: No le digas así a ese muchacho. Siquiera preocúpate por ser más p^oetica: te recomiendo que lo llames salvavidas desinflado.

ELENA: No lo difiendas mucho.

LUISA: Despreocúpate, nada más que tenga el gusto de conocerlo, haré que se vuelva tartamudo, que se tropiece con las cosas y que le den ganas de orinarse cada cinco minutos: quiero ser una suegra común y corriente. No lo olvides.

ELENA: No lo olvidaré. Nos vemos dentro de un momento. (*Elena sube las escaleras y en el pasillo choca con Francisco que viene saliendo de su cuarto.*) ¡Hazte a un lado, tarado!

FRANK: ¡Pero no me avientes, burra!

ELENA: Pues, ¡déjame pasar, enano!

FRANK: ¡No me digas enano! ¡Y cuando camines fíjate por dónde vas, burrota!

ELENA: ¿Quién venía de baboso?

LUISA: ¡Elena, deja de discutir y vete a tu cuarto! (*Elena hace un gesto amplio amenazando a Francisco y después sigue su camino.*) Y tú, Paco, ¿qué quieres?

FRANK: Pues, hablar contigo.

LUISA: Está bien; baja y dime lo que tengas que decirme.

FRANK: No, desde aquí te lo digo.

LUISA: ¿Qué no entiendes que bajas? ¿Quieres que te esté gritando todo el tiempo?

FRANK: Es que estoy viendo la tele. No quiero perderme ni un cachito del programa.

LUISA: Por lo visto no te llenas de estar pegado frente a ese aparato. Ni siquiera bajas a platicar conmigo.

FRANK: (*Bajando las escaleras.*) Es que no tienes nada interesante que platicarme.

LUISA: Antes te gustaban los cuentos que te leía.

FRANK: Pero ahora me aburren. Me caen gordos los príncipes, los sapos y las princesas. A mí me gustan las aventuras en el espacio, los deportes y las guerras. Lo demás es para tontos.

LUISA: ¿Y a poco tú eres muy inteligente?

FRANK: Pues, no, pero tampoco soy un baboso. (*Cambio.*) Oye, ¿no ha llegado papá?

LUISA: Por lo que veo, esta tarde, todos están preguntándome por papá.

FRANK: ¿A poco tú no estás ansiosa de que llegue? (*Luisa niega.*) ¿No quieres ir de vacaciones?

LUISA: Pues, claro que sí, pero sigo actuando igual. El hecho de que hoy nos confirme la salida, no me altera para nada.

FRANK: Pues, yo sí me altero; eso de no haber salido en las vacaciones pasadas, me dejó traumatado.

LUISA: A ver, ¿qué palabra es ésa?

FRANK: ¿Cuál? ¿Traumado?

Teatro

LUISA: Sí, ésa. ¿A tu edad y ya te sientes traumatado?

FRANK: Pues, no mucho, pero sí me siento triste. Cuando regrese a clases quiero platicarle a mis cuates que estas vacaciones sí fuimos a pasear. No me quiero quedar con la boca abierta oyendo las aventuras de mis cuates.

LUISA: ¿Y tú por qué tienes que andar presumiendo?

FRANK: Es que así se usa ahora, mamá: todo mundo trata de apantallar y el que se queda atrás es burro. Bueno, ya me voy.

LUISA: *(Lo retiene a su costado.)* Espérate tantito, Francisco.

FRANK: No, al rato bajo. *(Comienza a subir por la escalera.)* De seguro ya terminaron las noticias y después de los comerciales, continúa el programa.

Francisco se va a su cuarto y Luisa sigue tejiendo en la sala. La puerta de la calle se abre muy lentamente. Entra Mario. Deposita su portafolios encima de la mesa del comedor. Echa tabaco a su pipa, luego la enciende y fuma. Sin hablarle a su mujer llega a la sala y se recuesta en un sillón. Sube los pies en el borde de la mesa de centro.

LUISA: Hummm...

MARIO: ¿Qué? ¿Ya vas a pedirme que baje las patas del mueble?

LUISA: No, para nada: total, si lo maltratas volverás a comprar otro.

MARIO: Entonces, ¿qué ibas a decir?

LUISA: Iba a preguntarte que tal te había ido en el trabajo.

MARIO: *(Seco y controlado.)* Está bien, pregúntamelo.

LUISA: ¿Qué tal te fue en el trabajo?

MARIO: *(Estallando.)* ¡De la chingada, Luisa! ¡Parece que no ves, mujer, no tengo calma ni para articular una pinche palabra! ¡Pedí el préstamo y no me dieron nada! ¡Chingada suerte, cuando uno está con el rabo entre las patas no se pueden destrabar las quijadas! ¡Ahí tienes cómo me fue en el trabajo!

LUISA: No alces la voz, Mario; pueden escucharte los muchachos.

MARIO: Lo siento, Luisa. Lo que pasa es que si no doy un grito, no recobro la voz. ¿Ya están todos en casa?

LUISA: Sí, toda esta semana han estado llegando temprano.

MARIO: Eso sí es novedad.

LUISA: Pues, claro, en estos días no han querido molestarte.

MARIO: ¿A qué se deberá ese milagro? ¿Será porque ya están de vacaciones?

LUISA: No te hagas tonto. Bien sabes que su cambio se debe a los preparativos de viaje. Están ilusionados con las vacaciones. Los últimos días de clase no batallé para levantar a Francisco para que se fuera a la escuela. A Elena parece que se le ha quitado lo majadera y hasta me ayuda en los quehaceres de la casa. Y Jaime no ha llegado tarde. Todos estos días hemos estado en armonía. Con la esperanza de salir de esta ciudad. Hasta yo...

MARIO: Hasta tú te has portado bien, de seguro ¿no?

LUISA: Hasta yo sentí que descansaría. Todo el mundo dice que el descanso al nivel del mar es beneficioso para un corazón enfermo.

MARIO: Bueno, eso dice todo el mundo, pero ¿qué dice el doctor?

LUISA: Pues, dice lo mismo. ¿Crees que no he ido a mis consultas?

MARIO: Nunca me has enseñado las recetas, ni nada por el estilo para creerte.
 LUISA: Pues, no me creas. Allá tú. *(Toma sus agujas y comienza a tejer.)* Vamos, ahora llama a tus hijos y diles que no iremos de vacaciones. Verás cómo te devoran con palabras por haberles prometido cosas que no puedes cumplir. *(Al tejer mueve las agujas violentamente.)* Vamos, háblales. Demuéstrame, si quiera, que tienes el valor de hacerlo.

Mario Del Llano camina un momento, luego se sienta en otro mueble. Se queda quieto después de guardar su pipa.

MARIO: Claro que sí les voy a hablar.

LUISA: Entonces ¿qué esperas?

MARIO: Déjame respirar siquiera.

LUISA: Respira hondo y profundo y dícelos con calma. No quiero pensar en sus respuestas.

MARIO: Si no comprenden que estamos en época de crisis es que tienen poco seso.

LUISA: En lo de poco seso salieron idénticos a ti.

MARIO: Sí, me imagino. De haber tenido un mínimo de inteligencia, no me hubiera casado contigo, ni hubiera formado este hogar.

LUISA: ¿Reclamaciones?

MARIO: No, nada de eso. Simplemente me gusta recordar mis tragedias.

LUISA: Tragedia la que tienes por delante.

MARIO: ¿Con mis hijos?

LUISA: No, con ellos no: con las flores del jardín.

MARIO: Los llamaré para que veas que no hay nada que temer.

LUISA: Claro, claro, no hay nada de nada. *(Pausa.)* ¿Y bien?

MARIO: ¿Y bien qué?

LUISA: Que qué esperas.

MARIO: Nada.

LUISA: *(Riendo.)* En cambio yo estoy esperando todo. ¿No te parece?

MARIO: Deja de burlarte, Luisa. A tu edad esas cosas se ven mal: sobre todo si el objeto de la burla es tu marido.

LUISA: ¡Ay, sí, el objeto de la burla! De lo que me burlo es de la cobardía objetivada en tu persona. A ver, ¿por qué no los llamas?

MARIO: Los llamaré en este preciso instante. *(Se pone de pie y se acerca a la escalera.)* ¡Jaime, Elena, Paco, vengan acá! *(Pausa.)* No bajan; han de estar muy ocupados.

LUISA: No creo. ¿Quieres que los llame yo? A lo mejor no te escucharon.

MARIO: Está bien, llámalos tú. *(Se sienta en el mueble.)* A lo mejor a ti sí te hacen caso.

LUISA: *(Deja su tejido en la mesa de centro y se acerca a las escaleras.)* ¡Muchachos, vengan pronto! ¡Ya llegó papá y es urgente que bajen!

Teatro

En la planta alta se oye movimiento. Luisa regresa a sentarse. Mario vuelve a preparar su pipa. Por las escaleras viene bajando Jaime; acaba de bañarse y viene húmedo y envuelto en una toalla.

JAIME: Buenas noches, viejo, ¿cómo estás?

MARIO: ¡Qué fachas son éstas! ¿No tuviste tiempo de vestirme siquiera?

JAIME: Pues, sí, pero como mamá gritó que era urgente que bajáramos. Nada más me enredé la toalla. Pero si te molesta...

MARIO: Claro que me molesta.

JAIME: Bueno, entonces ahorita bajo: voy a cambiarme.

MARIO: No, déjalo ya. Siéntate; tenemos que hablar de una vez en cuanto bajen tus hermanos.

JAIME: Está bien, entonces, me siento.

Jaime se sienta y se hace un silencio que los tres utilizan para mirarse sin alzar la vista. Luisa mueve rápidamente las agujas de tejer —casi con rabia—. Jaime lo nota.

JAIME: Oye, mamá, ¿te urge acabar pronto ese tejido?

LUISA: No, Jaime, ¿por qué?

JAIME: Estás moviendo muy aprisa las agujas. Ten cuidado, no te vayas a sacar un ojo.

LUISA: Sé cuidarme muy bien. Descuida.

Nuevamente se hace una pausa en que sobresale el movimiento brutal de las manos y agujas de Luisa.

JAIME: *(Intenta romper el hielo.)* ¿Y qué pasó con esas noticias, viejo? ¿Haciéndola de emoción y suspenso, verdad?

MARIO: Ya te enterarás. Espera a que bajen tus hermanos. Recuerda que son noticias que interesan a toda la familia.

JAIME: Sí, claro, entonces esperaremos a los miembros que faltan.

Por tercera ocasión se hace una pausa. Jaime se siente incómodo. Algo sospecha, aunque ve a su padre fumar con tranquilidad su pipa, la actitud de su madre le revela algo.

JAIME: Están tardando mucho. Oye, viejo...

MARIO: No me digas viejo.

JAIME: Disculpe, señor Del Llano.

MARIO: Tampoco me llames así: no soy ningún señor.

JAIME: Entonces, ¿cómo quieres que te llame, papá?

MARIO: Como quieras, menos de estas formas.

JAIME: Está bien, ya entendí: te llamaré papá.

MARIO: Bueno, ¿qué ibas a decirme?

JAIME: Pues que están tardando mucho, que lo mejor será que suba a vestirme y de regreso paso por ellos y me los traigo de las orejas.

MARIO: Me parece bien, sube.

JAIME: Ahorita vengo.

Jaime se levanta y sube por las escaleras a su cuarto. Arriba se le oye chiflar, mientras Mario trata de no presionarse.

LUISA: (*Incisiva.*) Te estás salvando, te estás salvando, pero no por mucho tiempo.

MARIO: Cállate, mujer, me estás presionando a cada instante. Ya tengo la sensación de que estoy en medio de una tragedia, cuando no es otra cosa más que una situación familiar.

LUISA: Yo no estoy presionándote, imbécil. Te sientes así por todo tu pasado y tu presente asqueroso de mediocridad y quieres culparme a mí sin ningún fundamento.

MARIO: Tengo ganas de sacar tus trapitos al sol, para que veas que en gran medida has ayudado para que yo sea un fracaso andando.

LUISA: Pues no te quedes con las ganas. Ya sería el colmo si en esto también fueras un insatisfecho.

MARIO: Cabrona, qué bien me estás contestando.

LUISA: ¡Y eso no es nada, comienza a escupir tu veneno y sabré qué hacer! ¡Y no me tengas compasión! ¡Olvídate de que mi corazón está enfermo! ¡Bien vale morir después de un coraje como éste: tan lleno de verdades! ¡Vamos, qué pasó con esas ganas de tender mis verdades al sol!

MARIO: (*Controlado.*) Levanta tu chingadera de tejido. Ya vienen los muchachos; no quiero que nos vean peleando.

LUISA: ¡Uuyy, sí (*levanta su tejido*), como si de verdad pelearas!

Jaime viene bajando las escaleras. Elena y Francisco vienen detrás.

JAIME: Ya estamos aquí.

ELENA: Buenas noches, papi (*Lo abraza y lo besa.*) ¿Cómo estás?

MARIO: (*Rechazándola.*) Siéntate, Elena; tenemos que hablar.

ELENA: Seguro.

Elena se sienta junto a sus hermanos. Se hace un silencio. Mario aprovecha para verlos a todos. Francisco trae la cara cubierta con un visor.

LUISA: Paco, ¿ya saludaste a tu papá?

FRANK: No he tenido tiempo. No ves que apenas lo vió Elena y se abalanzó sobre él: parece mosca. Buenas noches papá.

Teatro

MARIO: Buenas noches, señor buzo. ¿Cómo están las mareas en el océano? Cuénteme.

FRANK: Las mareas están tranquilas, pero las aguas están más heladas que las del Polo Sur. Oye, papá, ahora que vayamos a la playa ¿me compras unas aletas? Es lo único que me falta para poder nadar bajo el agua.

MARIO: Sí, claro, compraremos lo que tú quieras. Además te hace falta un arpón también, de lo contrario no podrás atrapar a tu sirenita.

LUISA: Quieres dejarte de rodeos.

MARIO: No son rodeos, simplemente estoy platicando con mi hijo. Pero, está bien, hablaremos de lo que a ti te interesa. (*Pausa.*) Como ustedes recordarán, hace tres meses hice mi solicitud para un préstamo que debió llegarme la quincena pasada, o a más tardar ésta. Elena misma llenó la solicitud a máquina. ¿No es cierto, Elena?

ELENA: Sí, claro que sí.

MARIO: ¿Recuerdas cuánto pedimos prestado?

ELENA: Sí; eran ciento cincuenta mil pesos los que se pedían.

MARIO: Tienes buena memoria, hija. Pues, este dinero era para irnos todos los miembros de la familia a pasear a Disneylandia. Pero hace cosa de dos meses se vino la maldita devaluación y la verdad que ya no alcanza para nada ese préstamo. Y lo que es peor, ni siquiera me lo han dado. Así que ya saben lo que esto significa, ¿verdad?

LUISA: Hablaste como si estuvieras en una junta de tu empleo. Tan fácil que hubiera sido decir que no conseguiste dinero, por lo demás no te preocupes: mis hijos no son mongolitos para no comprender la situación.

MARIO: ¿Y ustedes no tienen nada que decir?

JAIME: Pues, sí, pero de qué serviría seguir hablando. De todos modos ya está escrito que no saldremos de vacaciones este año.

MARIO: Y tú, Elena, ¿también te quedas callada?

ELENA: Pues sí. No hay nada que lamentar. Al fin que ni trajes de baño tenía. Voy a devolver los que me prestaron. Además, la ciudad quedará tan sola y tan limpia que seguramente descansaremos más aquí.

MARIO: Y el más pequeño de la familia, ¿qué piensa?

FRANK: Pienso que se me tiene que quitar lo presumido. (*Se desprende el visor.*) Ora que regrese a la escuela los cuates se van a burlar de mí, porque primero a'i les estoy diciendo que íbamos a ir a Disneylandia, luego que a la playa y ahora resulta que nos vamos a quedar en la ciudad, como si fuéramos los más pobres del mundo.

MARIO: ¿Y acaso no somos pobres?

FRANK: Pues, creo que sí, pero las familias de mis compañeros están igual y, sin embargo, saldrán.

MARIO: Nosotros también saldremos, si eso es lo que desean.

JAIME: ¿A qué saldremos? ¿A barrer la banquetta todas las mañanas o saldremos a lavar el coche?

ELENA: No, chiquito, saldremos a despedir a todos los vacacionistas y a pedirles que nos traigan conchitas del mar.

LUISA: ¿Quieren dejar de bromear y escuchar a su padre?

JAIME: Está bien, viejo, te escucharemos.



ELENA: ¿A dónde dices que saldremos?

MARIO: Bueno, pues tenemos el dinero de toda una quincena. Si nos llevamos el coche, podríamos pasar tres o cuatro días en Oaxtepec.

JAIME: ¿En Oaxtepec? ¿Como si fuéramos niños de primaria en excursión? Olvidalo, viejo, yo no iré. Si se enteran mis amigos de la universidad, también se van a burlar de mí.

MARIO: ¿Y desde cuándo te preocupan las burlas? A lo mejor hasta nos encontramos alguno de tus ricachones amigos.

JAIME: Olvidalo, viejo, yo no iré a ninguna parte.

LUISA: No seas tan orgulloso, Jaime. Tu padre quiere complacernos en medida de sus posibilidades. A mí me parece buena idea y la apoyo.

MARIO: Vamos a tomar el asunto democráticamente. La mayoría decide si vamos siquiera a Oaxtepec o nos quedamos en casa estos días. ¿Tú qué piensas, Elena?

ELENA: Yo pienso igual que Jaime. Para ir a esos ridículos lugares, más vale no salir; y ése es mi voto: me quedo en la ratonera.

MARIO: Bueno, la cosa está empatada: dos quieren salir y dos no aceptan el viaje. Falta el voto decisivo. Bien, Paco, te escuchamos.

LUISA: Pancho, está hablándote tu papá.

JAIME: Paquirri, no la hagas de emoción, ¿quieres ir al chapoteadero ese o no?

MARIO: No lo apuren. Tómame el tiempo que quieras, Paco.

ELENA: Órale, Pancho, sólo falta tu voto, carnal.

FRANK: Primero pónganse de acuerdo. ¿Me llamo Paco, Paquirri o Pancho? Ni que tuviera tantas personalidades.

LUISA: Está bien, Francisco. ¿Éste es tu nombre, verdad?

FRANK: Pues, sí, pero mejor díganme Frank. Se oye más padre.

LUISA: Bueno, decide qué haremos.

FRANK: Pues, mejor vamos a quedarnos en casa.

JAIME: ¡Bravo, carnal, así se habla!

ELENA: Ya está todo decidido: nos quedamos en la ratonera.

MARIO: De ninguna manera. Aquí quien manda soy yo y yo digo que nos vamos este fin de semana a Oaxtepec.

JAIME: No te pongas tiránico, papá. Tú mismo propusiste lo de la votación. Si a ti no te da pena hacer el ridículo, pues vete y si quieres llévate a mamá: nosotros nos quedamos.

MARIO: Si no van con nosotros; yo no sé qué van a comer, porque no tengo pensado dejarles un solo quinto.

JAIME: ¡Ah, qué la canción! Ya estás de chantajista; no te digo, viejo, eso no es ser legal.

MARIO: Y a mí qué me importa la legalidad en este asunto: yo nada más les aviso. Si no vamos todos de viaje, quienes se queden buscarán dónde comer. Así que ¿vamos o se quedan?

Se hace silencio entre todos. Los tres hermanos indecisos se miran entre sí.

FRANK: Pues, yo me voy a a quedar a ver la tele. Al fin que cuando veo las caricaturas ni hambre me da.

ELENA: Con razón estás así de tarado, hermanito. Te la pasas viendo televisión y encima no comes.

FRANK: ¿Y eso qué? A ver, tú tanto que comes y no te sirve para nada. Sigues igual de flaca; pareces lombriz. (*Jaime suelta una carcajada.*) Además. ¿qué te importa que yo vea la tele?

ELENA: Pues claro que me importa. Me da pena tener un hermano de catorce años y que apenas está en primero de secundaria.

FRANK: Porque la maestra me reprobó.

ELENA: Ay, sí, la maestra me reprobó. Lo que pasa es que eres un burrote porque no estudias y que, además, faltas mucho a la escuela. Por eso tus amigos te dicen el orejitas.

FRANK: ¿Y eso qué? A ti te dicen la mantequilla.

Jaime suelta otra carcajada por lo que acaba de oír. Elena empuja a Francisco.

ELENA: ¡A mi nadie me dice así, mentiroso!

LUISA: ¡Muchachos, dejen de discutir!

Francisco ignora a Luisa y se desquita del empujón dándole una patada en la espinilla a Elena.

FRANK: Claro que sí, flacucha: te dicen la mantequilla, porque andas detrás de todos los muchachos.

ELENA: ¡Ay, ay, imbécil! ¡Ya me abollaste la espinilla! ¡Ven acá, Paco!

FRANK: (*Alejándose.*) ¡Cuernotes, si me acerco me pegas!

ELENA: Será mejor que vengas, Paco, sino te va a ir peor. (*Rengueando hace intentos de atraparlo.*) Te voy a jalar las greñas.

FRANK: Si me dejo. (*Toreándola.*) Por eso tú no reprobabas, porque eras bien barbera con los profes. ¿Verdad, mantequilla?

ELENA: ¡Ven acá, pinche chamaco idiota! (*Elena persigue a Francisco entre los muebles, cada vez más enojada.*) ¡Me las vas a pagar, estúpido!

LUISA: ¡Elena, deja en paz a tu hermano!

ELENA: Tú no te metas, mamá. Este mocoso me las tiene que pagar.

Francisco se encuentra cada vez más cercado. Así que para librarse pega una carrera hacia la escalera. Elena lo atrapa antes de que suba y desquita su coraje jalándole los cabellos. Lo deja llorando.

LUISA: ¡Eres una bárbara, Elena! ¡Mira nada más como dejaste a tu hermano! ¡Parece que estoy pintada! (*Luisa se levanta del sillón y se acerca a consolar a Francisco.*) Vente, Frank. Mira nada más qué rasguños te hicieron. (*Abrazándolo.*) Véngase mi niño. Siéntese aquí con su mamá.

Teatro

FRANK: Sí, mamita. (*Llora caricaturescamente y Mario y Jaime se ríen de su llanto.*) Esa bruja me destrozó.

LUISA: Y ustedes ¿de qué se ríen?

JAIME: ¿Yo? De nada, mami. Se me salió sin querer

LUISA: Y tú, Mario, en lugar de que hagas algo para detener a tus hijos que se están matando entre ellos ¿te diviertes, verdad?

MARIO: ¡Ay, mujer qué trágica eres! Pancho tuvo la culpa por ofender a su hermana. Elena no hizo otra cosa más que defenderse: cosa que me parece bien.

ELENA: Oye, papá, ¿me imagino que también te parecerá bien que nos quedemos en casa? Yo no sé qué van a hacer ustedes dos paseando solos y con la preocupación de cómo estaremos nosotros.

MARIO: Los que tienen que reconsiderar la situación son ustedes. Nada perdemos con ir aunque sea un fin de semana de viaje. Si no les gusta el lugar, lo cambiamos. Hay pueblitos muy tranquilos en el Estado de México, por ejemplo, y están muy cerca.

JAIME: Y muy baratos, ¿verdad, viejo?

MARIO: Pues, claro, eso es lo que buscamos. Desde mi punto de vista es mejor salir pobremente, a quedarnos en casa y convertirla en un nido de víboras. Me imagino que nadie tendría otra cosa que hacer más que agredirnos los unos a los otros, y eso no es bueno en una familia.

ELENA: Bueno, papí, si nos quedamos que cada quien se ocupe de sus asuntos y así no habrá mortificaciones para mamá, que es la que resiente nuestros pleitos. Yo te doy mi palabra de honor de no pelearme. Aprovecharé las mañanas para estudiar y en las tardes me iré al cine con Ernesto.

JAIME: ¿Todavía andas con ese güerejo?

ELENA: Todavía ando con él y no le digas güerejo, que gracias a Dios no todos tienen la desgracia de nacer prietos como tú, que no se te quita lo moreno ni bañándote en leche todos los días.

JAIME: ¡Si no lo digo por envidia, pinche racista! Te lo pregunté, porque ese mono es un fanfarrón que habla mal de todas las mujeres que se le acercan. No las baja de putas aunque apenas sean sus amigas. Si supieras lo que anda hablando de ti.

ELENA: Pues no quiero saberlo.

JAIME: Pues te lo voy a decir, para que te enteres de cómo anda tu reputación. El otro día que fui a la fiesta en casa de Jorge, ahí estaba tu galán y él no me había visto. Estaba diciéndole a sus cuates que la última vez tuvo que hacerle el amor en el carro, porque eres bien ninfómana, que siempre que salían juntos lo invitabas a un hotel y que ya te iba a dejar, porque lo estabas dejando en la ruina, tanto económica como físicamente.

ELENA: ¡Eso no es cierto!

JAIME: Pues, a mí no me importa si es cierto o no. Yo nada más te lo menciono para que te enteres de cómo anda tu re/puta/situación.

LUISA: ¡Jaime, por favor, quieres callarte!

JAIME: ¿Acaso no tengo derecho a expresarme en esta casa?

LUISA: Tienes todo el derecho a expresarte, pero no te sientas con la capacidad de ofender a Elena.

JAIME: Es que me da coraje que sea tan bruta, mamá. ¿Por qué crees que los muchachos de la cuadra le dicen la mantequilla? Si hasta los amigos de Paquirri, cuando sale a jugar fútbol, le preguntan por su hermana la margarita. Y todo por culpa de un bocón, cara de nalga gringa.

ELENA: Ernesto es mi novio y eso me basta. No tienes por qué meterte en mi vida.

JAIME: En tu vida ni quien se meta. Si te place andar de puta, allá tú. Una cosa sí te digo; la próxima vez que me encuentre a ese cara de pambazo, le voy a dar unos madrazos, que hasta lo güero le voy a quitar.

ELENA: ¡Uuyyy sí, todo lo ves muy fácil! ¿Crees que él no sabe meter las manos?

JAIME: Pues, si supiera, no andaría escondiéndose de mí. Ese día de la fiesta lo doblé de una patada y no pude rematarlo porque los cuates me agarraron. Lo hubieras visto cómo corría a ponerse a salvo rumbo a su coche. Ese güerejo es una gallina hocicona y le voy a arruinar la feis.

ELENA: Mira, Jaime, tú que le haces algo y me las vas a pagar, imbécil.

JAIME: ¡Uuyyy sí, mucho miedo! (*Elena le tira una cachetada, pero Jaime le toma la mano y se la tuerce.*) ¿Crees que soy Paquirri al que puedes someter con unos cuantos manazos? Estás loca, nalga ligera.

ELENA: ¡Idiota, me estás lastimando! ¡Te voy a odiar toda mi vida, sabandija negra!

LUISA: (*Levantándose.*) ¡Abusivo, suelta a tu hermana!

JAIME: Tú no te metas, mamá. Elena necesita un escarmiento para que se le bajen los humos.

LUISA: ¡Que la sueltes te digo!

Luisa avienta a Jaime y levanta a Elena del suelo.

JAIME: ¿Por qué tienes que meterte en mis cosas? (*Amenaza a Luisa.*) ¡Qué no ves cómo actúa tu hija!

LUISA: ¡Ándale, atrévete a alzarme la mano! Y cuando me mates de un coraje: no podrás vivir en paz.

JAIME: ¡Al contrario, cuando te mueras se acabarán todos los problemas que tengo! ¡Pinche vieja chantajista! Todos los días estás a punto de morirme y lo único que has hecho es tenernos con la existencia en un hilo con tu maldita enfermedad... ¡Vamos, muérete en este momento, vieja chantajista!

Las palabras de Jaime hacen un gran efecto en Luisa, que queda paralizada de momento. Hasta que su llanto le permite moverse un poco. Elena, que estaba junto a ella, la toma de un brazo y la conduce a un mueble para que se siente.

MARIO: Creo que esta vez fuiste demasiado lejos, Jaime.

JAIME: Sí, viejo, pero ¿acaso querías que me quedara con estas cosas adentro y que me comportara como un hipócrita? Creo que lo que hice fue lo mejor, estoy seguro.

Teatro

MARIO: Pero, es que las cosas se pueden decir sin llegar a estos extremos. (*Luisa sigue sollozando.*) No se trata de perder la cabeza en un instante y de que tus palabras desencadenen algo de lo que después tengas que arrepentirte. Tu madre de verdad está enferma del corazón y merece toda clase de consideraciones.

LUISA: ¿Y quién lo dice? (*Entrecortada por el sentimiento.*) ¿Por qué, si te preocupo tanto, no eres capaz de mantener la paz entre tus hijos? Te quedas sentadote fumando tu pipa, como si con eso pusieras el buen ejemplo.

MARIO: Está bien, mujer, no quiero discutir contigo, porque a fin de cuentas tienes razón. Trataré de que no vuelva a suceder. Pero tú también hazme el favor de no meterte en lo que no te importa. Comprende que nuestros hijos están exaltados porque los preparativos de viaje, a los que tanto tiempo dedicaron, no sirvieron de nada. Y nos encontramos en la triste situación de quedarnos todos en casa. Así que espero que cada uno de nosotros ponga lo mejor de su parte para que no terminemos en un suicidio general. ¿De acuerdo?

ELENA: Será difícil, padre, pero lo intentaré.

FRANK: Yo sí me voy a portar bien, papá, seguro. A mí no me gustan los gritos. Cuando veo gritar a alguien, pienso que está loco; no quiero que piensen lo mismo de mí.

MARIO: ¿Me imagino que también podemos contar contigo, ¿verdad, Jaime?

JAIME: Sí, viejo, créeme que no estaré de impertinente en estos días. Me iré de campamento con unos amigos. No les robaré ni un gramo del agradable aire que se respira en esta casa.

MARIO: Jaime, sigues actuando sin un tantito así de entendimiento al marginarte de la situación. No trates de escapar a ningún sitio. Bastará con que le pidas disculpas a tu madre por lo que acabas de hacer y nos olvidaremos de estos desagradables momentos y nos pondremos a cenar como si fuéramos una familia ejemplar.

JAIME: No creas que estoy huyendo: le pediré perdón a mamá, pero eso no implica que me quede en casa estas vacaciones. Creo que yo sí necesito un poco de aire puro y me iré con mis amigos.

ELENA: Oye, Jaimito, ¿van a ir puros hombres?

JAIME: Sí, las mujeres no pueden ir tantos días.

ELENA: Y ¿a dónde van a ir a acampar?

JAIME: Quedamos de ir al Popo.

ELENA: ¡Híjole! ¿Verdad que allá en el cerrito hace mucho frío?

JAIME: Sobre todo en estos días en que siempre neva.

ELENA: Pero eso no es problema para ustedes. ¿Verdad? Porque así aprovechan para dormir muy juntos.

JAIME: ¿Qué estás insinuando, idiota? No me gusta el tonito de tu voz.

ELENA: ¿Yo? No, nada. Simplemente satisfacía mi curiosidad.

JAIME: Más te vale, m'hijita, porque no me gusta que me agarren de su barquito.

ELENA: No, si ya sé que te gusta que te agarren de otra forma.

JAIME: Sigue llevando agua a tu molino, para que te muelan a chingadazos.

ELENA: No, para nada. Es más ya me voy a quedar callada. Bueno, mamita, te dejo. (*Elena deja a Luisa en el sillón y se dirige a la escaleras.*) Creo que

Caricatura

Pablo Vargas-Lugo Martínez



Teatro

ya es hora de irme a dormir. Con tantas discusiones ya no tengo ganas de cenar.

MARIO: Nada de que te vas a dormir. A ver, Elena, ven acá.

LUISA: Mario, deja que se vaya a dormir. Puedes irte Elena: hasta mañana.

ELENA: Hasta mañana, papi.

MARIO: ¡Estoy diciendo que vengas acá!

ELENA: Está bien, papá, no tienes por qué gritar. Ni que estuviera a dos cuadras, estoy a dos pasos.

MARIO: Quiero que me expliques a qué se debe esa manera tan peculiar de interrogar a tu hermano.

ELENA: Quería comprobar si Jaime se iba de campamento con puros amigos. Nada más eso.

MARIO: ¿Nada más eso?

ELENA: Sí, claro. Lo que allá hagan no me interesa. No me gusta juzgar intimidades.

MARIO: ¿Qué estás diciendo?

ELENA: Lo que oíste. ¿Quieres que te lo diga más claro?

MARIO: ¡Hazme ese grandísimo favor! ¡No me gustan los rodeos!

ELENA: Lo que quiero decir es que a Jaime le gusta que le espanten las lombrices, por eso siempre sale con puros hombres.

MARIO: ¡Qué estupidez estás diciendo! ¡Repítelo!

ELENA: ¿Estás sordo o no quieres creerlo? Lo único que estoy diciendo es que a Jaime le gustan los hombres. (*Mario se desbarata.*) ¿Cómo te explicas que siempre que llega a la casa sube a bañarse? Pues, porque el deporte que practica es muy duro. Se desgasta tanto que no le queda tiempo ni para salir con una muchacha: por eso nunca nos ha presentado una sola de sus novias. ¿Verdad, Jaimito?

Jaime, al escuchar la pregunta, salta del mueble y zarandea a Elena de los cabellos. Ésta responde al ataque. Los gritos de Luisa desemebelesan a Mario. El único que parece no hacer nada es Francisco que se hinca sobre el mueble para ver la pelea.

LUISA: ¡Mario, detenlos! ¡Ese bruto va a matar a Elena! ¡Jaime, déjala por favor! ¡Mario, agarra a Jaime! (*Mario sujeta fuertemente a Jaime, después de golpearlo.*) ¡Por amor de Dios, deténganse! ¡Por tu culpa, Mario, por tu culpa! (*Las maldiciones de Elena siguen para su hermano.*) ¡Deténganse! ¡Tuviste que estar preguntando cosas de más! (*Luisa se lleva a Elena a la fuerza.*) ¡Dios mío, qué habré hecho para merecer este infierno!

MARIO: (*Sujetándolo.*) Fíjate bien lo que te voy a preguntar, Jaime. No tienes otra cosa que contestarme más que la verdad. ¿Estás oyéndome? Eso espero. ¿Es cierto lo que dice tu hermana?

ELENA: (*Desde el sillón donde la tiene Luisa.*) ¿Y cómo no va ser cierto, papá? ¿No viste cómo se enfureció cuando te lo dije?

LUISA: ¡Elena, cállate por favor! ¡Por lo que más quieras, guarda silencio! ¿Nos ves cómo está la situación?

MARIO: ¡Contéstame imbécil! ¿Eres un maricón? (*Jaime sacude la cabeza lentamente, con la lengua se limpia la sangre que le brota de un labio.*) ¿Qué no oyes? ¡Contéstame!

JAIME: Está bien, sólo permite que pruebe mi propia sangre. Es la primera vez que me rompen la boca.

ELENA: ¡Claro, a Jaime le gusta que le rompan otras cosas!

LUISA: ¡Elena, ya no abras la boca! Te has convertido en una vibora con tu hermano.

ELENA: ¡Ay, mamá, no hagas drama! Tú eres una boa con nosotros y nunca te lo he echado en cara. A pesar de que aprietas muy bien. Quizá por eso te admiro. ¡Qué gran poder el tuyo!

MARIO: ¡Quieren callarse ustedes dos! Estoy esperando la respuesta de este imbécil. (*A Jaime.*) Vamos, piénsalo bien y contéstame!

JAIME: (*Después de una pausa.*) Te voy a desilusionar, padre: lo sé.

MARIO: Me imagino que te importa mucho.

JAIME: Algo, no exageres, padre. Tan solo me importa algo.

MARIO: Bueno, y ¿cuál es la respuesta?

JAIME: Pues, fíjate, viejo, que no soy maricón.

MARIO: (*Lo suelta ritualmente y se retira un poco.*) Me... Me alegro.

JAIME: Yo que tú no lo haría.

MARIO: ¿Se puede saber por qué?

JAIME: Pues, pregúntale a Elena.

MARIO: ¿Qué le pregunte a esta hija mía que se ha convertido en un demonio? (*Mario se dirige a donde está Elena con intención de golpearla.*) No, porque nada podrá decirme después de que le ponga unos chingadazos.

JAIME: (*Interponiéndose en su camino.*) ¡No padre, déjala! A fin de cuentas tiene la razón.

ELENA: (*A Jaime.*) Míralo, míralo, no me defiendas. (*Haciéndole frente a Mario.*) ¿Crees que no puedo recibir unos cuantos golpes?

MARIO: ¡Qué hija tan cínica tuve!

ELENA: ¡Qué padre tan tonto tuve! Un padre que ni siquiera es capaz de ver que su primogénito le está tomando el pelo. Eres un pobre viejo, por eso me ves como un demonio. ¡Chocheas, padre, y fíjate que no me da pena decirte-lo! ¡Mira nada más qué cosas haces! Agarras a tu hijo y le preguntas caritativamente: ¿eres maricón? Y él te contesta: no, padre, no soy maricón. Y tú te quedas muy campante, porque ésa es la respuesta que esperabas. Ya no buscas nada más; porque es tu hijo y es hombre, por el simple hecho de traer sus cositas colgando, aunque no le sirvan para nada. En cambio yo soy el demonio, porque soy una vieja, claro, todas las mujeres somos el demonio en el sacro hogar. Pero pregúntale por qué me da la razón. ¿De verdad que no lo sabes, padre? (*Mario permanece enmudecido.*) Es muy sencillo. Mira: te contestó que no era maricón y, ¿sabes por qué? Pues porque no es maricón, en eso no miente: es un joto que no tiene el valor de aceptarse como tal.

Mario estalla de pronto. Abofetea a Elena y a continuación se lanza sobre Jaime. Éste se escabulle y pone distancia de por medio.

Teatro

JAIME: ¡No me vuelvas a poner la mano encima, padre, o no respondo!

MARIO: ¡Pinche puto! ¡Ojalá se te pudra la lengua para ya no escuchar tu voz!

JAIME: Pides imposibles, viejo: en este tiempo ya no se cumplen las maldiciones.

MARIO: ¡Eres un asqueroso joto!

JAIME: No, padre, te equivocas; no soy ni maricón, ni puto, ni joto: soy un homosexual. . .

ELENA: ¡Ay, míralo, qué lindo resultó el muchachito!

JAIME: (*Ignorando a Elena.*) ¡Maricones son los hombres como tú! ¡Ustedes sí están jodidos! ¡No tienen las bolas suficientes para pedir un aumento de sueldo al jefecillo de mierda y que soportan veinte años aplastados en una silla para que no puedan tomarse unas vacaciones el fin de año! ¿Ves? Ustedes sí están podridos. ¿Crees que no he visto tus calzoncillos llenos de sangre? ¿Crees que no sé que tienes el culo lleno de hemorroides y que al igual tienes las esperanzas, todas reventadas y pudriéndose día tras días?

Mario intenta golpear a Jaime. Éste lo espera decidido, pero el grito de Luisa detiene a Mario.

LUISA: ¡Mario, contrólate!

JAIME: ¡No te acerques, padre, por favor!

LUISA: ¡No lo hagas, Mario! (*Luisa se levanta por su marido y se lo lleva a un mueble en donde lo tranquiliza.*) Deja que diga lo que quiera. Está enloquecido: puede golpearte.

JAIME: ¡Cómo crees, mamá, no me interesa pelear! Ya le di un golpe a mi padre, uno sólo, pero el peor golpe que pude darle. Perdóname, papá, espero que comprendas que yo no tuve la culpa.

MARIO: (*Decaído.*) Pero, entonces ¿quién la tuvo?

JAIME: Pues, ustedes dos: tú y mamá.

LUISA: ¿Nosotros?

JAIME: Pues, ni modo que los vecinos. ¿No te acuerdas quién entraba a espiar mis pertenencias? ¿Quién levantaba el colchón de mi cama donde tenía mis revistas guardadas? ¿Quién las llevaba al boiler para quemar a esas viejas encueradas? Ni modo que yo mismo, si mi dinero me costaban. Tú eras quien las destruía: eres la única de la casa que tiene llaves de todos los cuartos. Además hablabas de todo aquello como si fuera una porquería, cuando lo único que hacía era masturbarme. Con tus palabras comenzó a darme asco y luego ya no supe qué pasó, hasta que dejaron de gustarme las mujeres y después descubrí lo que ustedes ya saben.

ELENA: ¡Uuyyy, qué simple eres!

JAIME: ¡Claro, pendeja! ¿Crees que mi transformación necesitó fuerzas cósmicas?

ELENA: Pero, ¿para qué alzas la voz? Ya estábamos casi en silencio.

FRANK: ¡Jijos, ahora sí estuvieron duros los moquetazos!

JAIME: Alégrate, carnal, de que no te tocaron. ¿Ya ves?, siempre sirve de algo quedarse callado.

- FRANK: Oye, Jaime, ¿a poco sí te gustan los hombres? ¿Verdad que son cuentos de Elena?
- LUISA: ¡Francisco hazme el favor de no preguntar nada y de quedarte callado como lo has hecho!
- FRANK: Pero, mamá ¿por qué?
- LUISA: Te estoy diciendo que te calles, Francisco. Es una orden y eso debiera bastarte.
- FRANK: Tengo catorce años y me tratan como si fuera un bebé o como si no fuera de la familia.
- LUISA: A pesar de tu edad eres un mocoso y mientras comas en esta casa tienes que obedecerme.
- JAIME: ¿Por qué quieres tapar el sol con un dedo, mamá? Deja que Paquirri sepa realmente lo que sucede en esta casa. ¿Para qué lo engañamos? ¿Para que después nos eche en cara que somos unos mentirosos?
- FRANK: Entonces, ¿vas a decirme la verdad, Jaime?
- LUISA: ¡Francisco, olvídate de todo y vete a tu cuarto! Cuando sea la hora de cenar te llamaremos. Vete a ver la tele.
- FRANK: No, mamá, no tengo ganas. Además ya se terminaron las caricaturas.
- LUISA: Entiéndeme, Francisco, de lo contrario te quedarás sin cenar.
- FRANK: Híjole, eso no se vale.
- ELENA: Hazle caso a mamá, Paco, si no... adiós cena.
- FRANK: Está bien, pero conste que se aprovechan de mi tamaño.

Francisco comienza a subir las escaleras, pero no entra a su cuarto, se queda en el pasillo a escuchar lo que habla su familia.

- JAIME: ¿Te das cuenta del tipo de mujer que eres?
- LUISA: ¡Soy tu madre, si a eso te refieres! Además soy una mujer honrada que ha sacrificado su vida con el deseo de tener unos hijos buenos y... sanos.
- JAIME: ¡No te hagas tonta, mamá! ¿A quién crees que engañas con ese cuento estúpido de la madre abnegada que ha hecho todo por sus hijos? Bah, petulancias. Ve lo que acabas de hacer: amenazaste a Paco con dejarlo sin cenar si no te obedecía. Y así nos has tenido siempre: con amenazas.
- LUISA: Es que Paco no debe enterarse de todo lo que sucede en la familia.
- JAIME: ¿No te das cuenta de que le estás ocultando la verdad? Eso es peor que dejarlo sin cenar. Cuando pueda juzgarte no tendrá confianza en ti, porque tú tampoco confiaste en él.
- LUISA: Todavía falta mucho tiempo para que crezca y para cuando llegue ese momento, ya estaré muerta y quizá no sea tan malagradecido como lo eres tú.
- JAIME: Sí, claro, soy un malagradecido. ¿Y tú qué eres? ¿La mujer tanática, verdad? La que siempre piensa en la muerte como su salvación. Esta familia hubiera sido feliz, se hubiera salvado de otra manera más fácil y menos comprometedora.
- LUISA: Sí, esta familia hubiera sido feliz si no los hubiera traído al mundo.

JAIME: No, mami, esta familia hubiera tenido menos broncas, si tú y papá no se hubieran casado como un par de estúpidos alimentando mentiras del siglo pasado, pero la regaron.

LUISA: ¿Estás oyendo lo que dicen tus hijos, Mario?

MARIO: Pues, claro mujer, no estoy sordo.

LUISA: ¿Y no vas a contestarle nada?

MARIO: ¿Para qué? Jaime tiene razón.

LUISA: ¿Cómo que tiene razón? ¿Y los 25 años que tenemos de casados, los desvelos, las preocupaciones que hemos pasado por ellos?

JAIME: ¡Ay, sí, pobrecitos! ¡Cuánto han sufrido por nosotros!

LUISA: Claro que sí, aunque te burles. Tanto tu padre como yo, nos hemos dedicado en cuerpo y alma a ustedes, con la esperanza de que no fueran unos ingratos.

JAIME: ¿Y todo para qué? ¿Quieres decírmelo, madre? ¿Por qué no comprendieron que toda esta farsa de la familia era nociva para nuestras almas? ¿Por qué no se divorciaron a tiempo?

MARIO: Por miedosos.

LUISA: ¿Tú también estás de acuerdo con tu hijo?

MARIO: Pues, claro que sí, mujer. Fue por miedo a seguir viviendo solo, por eso construí esta fortaleza; para protegerme de la soledad y del miedo. Eso fue lo que construí: una fortaleza en vez de un hogar. Soñaba con llegar del trabajo y encontrar un poco de paz y de tranquilidad; cosas que no he visto por ninguna parte.

LUISA: Pues en todo caso fue por tu culpa. Yo siempre he puesto lo mejor de mi vida.

MARIO: Sigues mintiendo, Luisa: has puesto lo peor de tu vida en esta cosa que llamamos nuestro matrimonio. Y ahora no quieres aceptar que estos sinsabores son culpa de los dos.

LUISA: Es que la vida es así, Mario. Hay familias que han vivido cosas peores. Nosotros debemos dar gracias a Dios de nuestra suerte.

MARIO: ¡Vaya premio de consolación! ¿Y todavía te atreves a llamar a esto vida?

JAIME: Sí mamá, estás loca. Lo mejor que hubieran hecho era no seguir con esta comedia. ¿Te acuerdas cómo nos pintabas a papá, mientras él estaba trabajando? Recuerdo que una vez, cuando era pequeño, te arrojaste por una ventana y te quebraste un brazo. Todo porque a papá se le ocurrió ir solo a una fiesta y te entraron los celos y quisiste suicidarte. ¿Por qué no se divorciaron entonces?

MARIO: (*Con tranquilidad.*) Sí, ésa es la pregunta, ¿por qué no me divorcié de ti? Si a los seis meses ya sabía que entre tú y yo no había una sola cosa en común. Si ya sabía que te habías casado conmigo no por amor, sino que formaste este hogar porque ya no soportabas estar en tu casa.

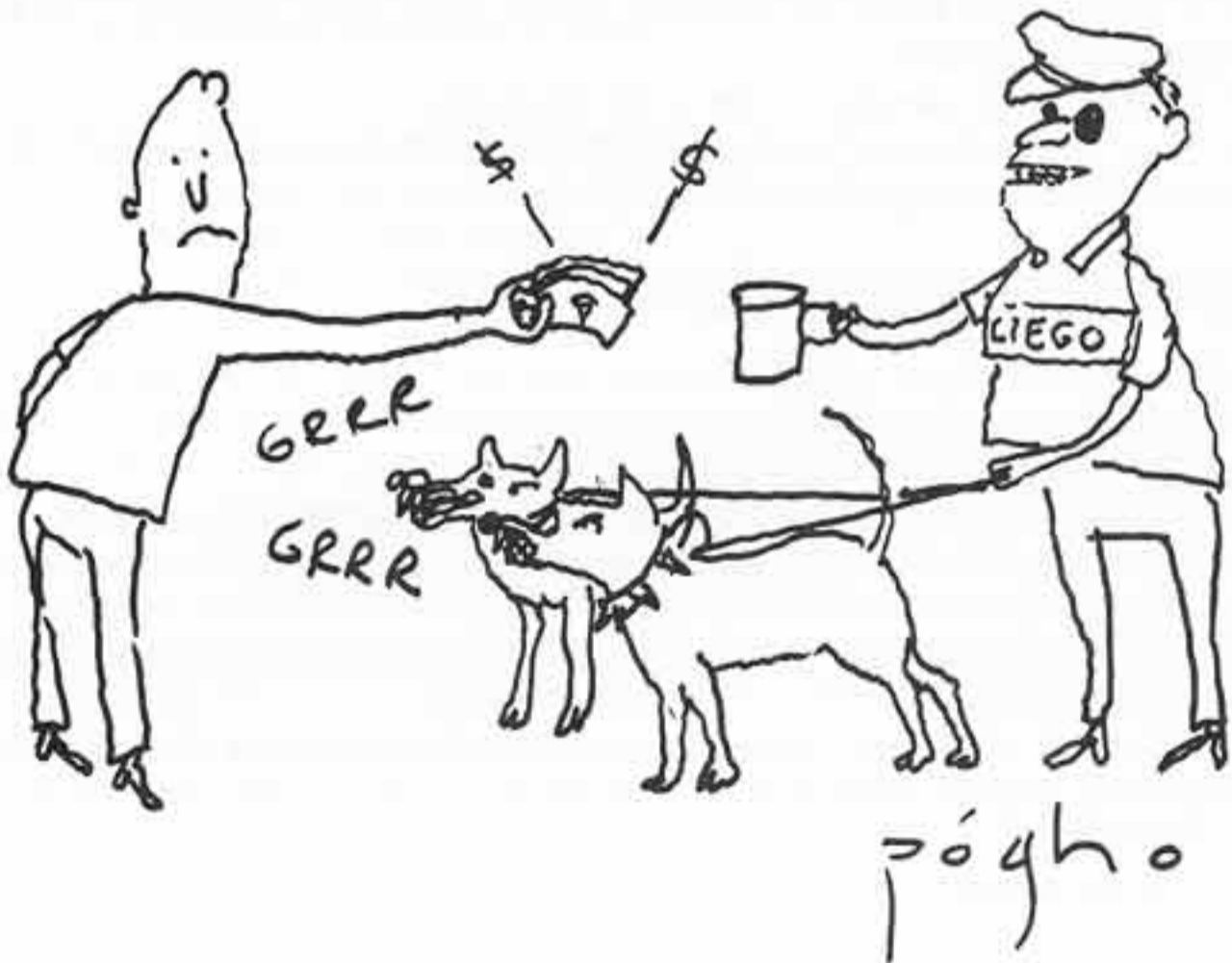
LUISA: ¡Ésas son mentiras!

MARIO: Pues, si son mentiras, escúchalas siquiera, Luisa.

LUISA: Está bien, pero antes tienes que decirme ¿cuáles fueron tus motivos para casarte conmigo?

MARIO: No sé, al principio creí que me gustabas y que esa era la razón, pero

ASOCIACIÓN ESCOCESA DE
PSICOANALISTAS



Teatro

después me di cuenta de que me gustaban otras mujeres también. Y fue entonces cuando comprendí que había unido mi vida a la tuya por puro aburrimiento.

LUISA: Y si llegaste a esa conclusión ¿por que no te divorciaste?

MARIO: Ya te lo dije, mujer: por miedo fue que no me divorcié de ti, por miedo a tener que organizar mi vida de nuevo y con la posibilidad de volver a fracasar también. Le hice caso al refrán que dice: más vale malo conocido que bueno por conocer.

LUISA: Si sigues pensando igual te doy el divorcio en este mismo momento.

MARIO: (*Riendo.*) Por favor, Luisa, no seas ridícula. Si no me divorcié de ti hace 25 años, ¿crees que pueda hacerlo a estas alturas?

JAIME: Total, ya de nada serviría: ya nos pasaron a fregar.

LUISA: Al contrario, Jaime: estoy segura de que este matrimonio no se desbarató por consideración a ustedes; para que tuvieran un hogar y a dos personas a las que pudieran llamar padres. Que si no hubo amor entre nosotros, a ustedes sí los llenamos de cariño y afecto.

JAIME: ¡Sigues igual de terca madre! ¿No te has dado cuenta que tanto amor que nos diste ya estaba rancio? Que en lugar de educarnos nos deformaste.

ELENA: Ya, Jaime, no le echas la culpa a mamá de tus deformaciones. Cada quien tiene que cargar su vela en este entierro.

JAIME: Ahora vas a defenderla, ¿verdad?

ELENA: Claro, ya me cansé de que ustedes dos, por el hecho de ser hombres, acusen a mamá de todo.

MARIO: No de todo, Elena: eso sí tiene que quedar claro. Yo también tengo la culpa por ser un cobarde.

JAIME: Una cosa sí es segura: en esta casa todos estamos mal. En lugar de que fuéramos unas personas seguras, estamos llenos de desconfianza hacia todo.

ELENA: Y sobre todo hacia las mujeres, como en tu caso, ¿verdad? Por eso te entregas a los hombres.

MARIO: ¡Elena, deja ese punto fuera de discusión!

ELENA: ¿Por qué? ¿Por qué te da pena tener un hijo joto en la familia? ¿O porque tú también eres igual?

Mario le da una cachetada a Elena.

LUISA: ¡Salvaje, por qué le pegas a tu hija!

MARIO: Me ofendió, ¿no te diste cuenta?

LUISA: El que no se ha dado cuenta de que eres poco hombre eres tú.

JAIME: ¡Y tú eres una víbora, madre! ¡En lugar de ganarte nuestro respeto, nos llenaste de miedo!

ELENA: Tú siempre has sido miedoso y gallina. No busques afuera justificaciones a tus traumas.

LUISA: ¡Cállense! ¡Cállense! (*Luisa se desespera y comienza a gritar y a jalarse los cabellos.*) ¡Ya no soporto más! ¡Por favor, cállense! ¡Me siento mal! ¡Por favor cállense!

MARIO: Ya vas a hacer tu numerito de la tarde.

ELENA: Papá, tú mismo dijiste que mamá realmente estaba grave y ahora no eres capaz de dejarla descansar. No cabe duda: los hombres son unas bestias.

JAIME: Ya, carnala, para qué le sigues la corriente. ¿No ves que ese acto ya lo tiene bien preparado? Es otro de sus chantajes.

ELENA: (*Abofetea a Jaime.*) No le digas chantajista a mi mamá; marica desconsiderado.

MARIO: ¡Basta de golpes en esta casa, Elena! No quiero que vuelvas a alzarle la mano a tu hermano o dejaré que Jaime se defienda.

Luisa ya no puede hablar de coraje, su respiración se ha hecho muy agitada. Poco a poco se dirige al mueble de la sala en espera de que se le pase el ataque. Francisco, que se quedó en el pasillo viendo la acción, se asusta al ver a su mamá.

FRANK: ¡Papá, mamá está muy mala!

MARIO: ¿No te habías ido a tu cuarto?

FRANK: No, papá, me quedé oyendo todo. Pero cállense y ayuden a mamá.

MARIO: El que se tiene que callar eres tú: córrele, vete a tu cuarto.

FRANK: (*No hace caso y comienza a bajar las escaleras y se acerca a su mamá.*)

¡Mamita, mamita! ¿Qué tienes? ¿Verdad que estás bien? (*Francisco comienza a llorar junto a Luisa que se ha quedado quieta.*) ¡Dejen de discutir!

MARIO: (*Descubre que el ataque no era fingido.*) A ver, Francisco, hazte a un lado.

Mario le toma el pulso a Luisa. Un momento después levanta la cabeza y observa a sus hijos: ellos comprenden. Elena suelta el llanto enseguida. Jaime se dirige a un rincón y también comienza a llorar.

FRANK: ¿Verdad que no tiene nada, papá?

MARIO: No, Francisco, no tiene nada. (*Reflexiona un momento.*) No tiene vida Francisco. No respira: está muerta.

FRANK: ¡No, no es cierto! (*Francisco abraza el cuerpo de Luisa.*) ¡De seguro está durmiendo!

MARIO: Bueno, ya no lloren. Lo que tenía que pasar, pasó. ¿Me oyen? (*Elena y Jaime voltean a verlo.*) No se puede remediar nada. (*Con un nudo en la garganta.*) Lo único que podemos hacer es subir a vestirnos de negro. (*Mario va al comedor, recoge sus cosas y luego va a las escaleras.*) ¿Qué no oyeron? Hay que vestirse apropiadamente. (*Elena y Jaime suben las escaleras. Luego Mario los sigue, antes se dirige a Francisco.*) ¡Francisco, sube a vestirte de luto!

FRANK: (*Con mucho pesar se despega de Luisa.*) Sí, papá, ya voy. (*Comienza a subir por las escaleras. Luego se detiene en el pasillo.*) Quizá el año próximo sí podamos ir de vacaciones.

Francisco entra a su cuarto, al mismo tiempo la luz va disminuyendo hasta que la sala queda en penumbras. Casi enseguida la puerta de la calle se abre y entra Mario acompañado por Jaime, vestido de negro. Cada uno trae sus cosas en las manos. Prenden la luz de la sala y descubren a Luisa durmiendo.

MARIO: Mira quien está aquí: la flojota de tu mamá.

JAIME: ¡Qué mala suerte! ¡Espero que ya esté la cena lista! Me cai que tengo bastante hambre. A ver, deja despertarla.

MARIO: No, Jaime, hazte para acá: yo la despierto. (*Prepara la broma.*) Ponte buzo, no se nos vaya a asustar de verdad. ¿Listo?

JAIME: Estoy listo, jefe, a la hora que quieras.

MARIO: Sale, pues: a la una, a las dos, a las tres. (*Gritando como loco.*) ¡Fuego, fuego! ¡Se está quemando esta casa! ¡Salgan pronto!

Luisa despierta con los gritos de su esposo y se pone de pie. Al mismo tiempo sale Elena de la cocina y comprende la broma de su padre, pues Mario y Jaime están riendo.

ELENA: ¡Qué bromistas son! Deveras que me asustaron. Buenas noches, papi, ¿por qué llegaste tarde?

MARIO: Pasé por Jaime a la universidad y lo esperé hasta que terminó el entrenamiento. Por cierto, Jaime, necesitas fortalecer tus piernas, parecían de chicle.

JAIME: Es que la semana pasada me dio chorro, jefe, y deveras que eso te quita condición física. Pero para la temporada de campeonato vas a ver que voy a estar fuerte como un toro.

MARIO: Eso espero, muchacho. Oye, Elena, ¿qué le pasa a tu mamá?

ELENA: Ustedes que la asustaron. Ya, mami, ya no llores; todo fue una broma de papá. Cálmate.

MARIO: Oye, vieja, ¿a poco sí te asusté? ¿Verdad, Jaime, que no grité fuerte?

JAIME: Pues la mera verdad, no. Ya mamá, cálmate. No se está quemando nada. Mira, fijate bien: la casa está sana y salva. No hay fuego por ninguna parte. Ni siquiera está encendida la pipa de papá.

LUISA: Si no lloro por eso.

MARIO: Entonces, ¿por qué estas tirando tus lagrimitas de cocodrilo?

LUISA: Por un sueño que tuve.

MARIO: De seguro estabas soñando con un galanazo como yo y cuando grité te desperté y te dio coraje ya no seguir soñando ¿verdad? Usted no se preocupe. Aquí me tienes de carne y hueso para lo que se te ofrezca.

LUISA: No, tú no entiendes. Era un sueño muy feo.

MARIO: Ah, de seguro estabas soñando con mi suegra.

LUISA: Que no: estaba soñando contigo.

MARIO: Ah, chingá, tan feo estoy.

JAIME: Híjole, jefe, te pasó a fregar.

LUISA: Y también soñé con ustedes, estábamos todos en esta sala. Y tú nos decías que no íbamos a ir de vacaciones, porque no teníamos dinero y entonces

empezábamos a discutir, hasta que de un coraje... mi corazón dejaba de latir... me moría y ustedes subían a vestirse de luto.

MARIO: Ya, mujer, no te asustes todo fue un sueño. A propósito ¿dónde está Francisco?

ELENA: Ha de estar viendo la televisión. Ya sabes que no le interesa otra cosa.

MARIO: Pues, hay que hablarle para darle la buena noticia.

LUISA: ¿Cuál buena noticia?

MARIO: Pues que siempre sí nos vamos a Cancún. A gringolandia no, porque con la devaluación no nos alcanza, pero a Cancún claro que sí: nos vamos a chamuscar un rato.

ELENA: ¡Híjole, papá, qué bueno! Deja hablarle a Francisco para que se entere de una vez. *(Elena se acerca a las escaleras.)* ¡Paco, ya llegó papá! ¡Baja pronto!

JAIME: Bueno, mamá, como lo del viaje ya está listo, ¿qué te parece si nos sirves de cenar?

MARIO: Buena idea, Jaime. Órale, mi gordis, vaya a la cocina y tráiganos nuestros sagrados alimentos.

LUISA: Sí, eso está bien. Voy a servirles.

ELENA: ¿Quieres que te ayude?

LUISA: No, Elena, gracias. Ya me ayudaste a terminar la cena. Siéntense, yo les sirvo.

MARIO: ¡Paco, ya van a servir la cena! ¡Si no bajas pronto se va a enfriar! Ah, qué muchacho ese, siempre embobado con la televisión.

Luisa sale hacia la cocina. Mientras Mario, Jaime y Elena se acomodan en el comedor. En el pasillo de la escalera aparece Francisco, vestido de negro, al mismo tiempo Luisa sale de la cocina. Lo observa por un instante. Luego suelta las cosas que traía en las manos y, al mismo tiempo que da un grito de pavor, viene bajando lentamente el telón.

*Septiembre 19 de 1985/agosto 9 de 1987
Cd. Nezahualcóyotl/Cd. Universitaria.*

